

perfección puede aspirar el hombre que á la semejanza con Cristo crucificado y lleno de dolores? Pues á esta semejanza no se llega sino por el camino de la tribulación. «Bebe con gusto», dice la Imitación de Cristo, «el cáliz del Señor, si quieres ser su amigo y tener parte con Él. Dispónte á sufrir tribulaciones, y repútalas por las mayores consolaciones. Cuando llegares á tal grado que la tribulación te sea dulce y sabrosa por amor de Cristo, entonces cree que te va bien, porque hallaste el paraíso en la tierra.»¹ Y así es en efecto, hermanos carísimos, que la caridad de Dios y el amor á Jesucristo hacen gustar á los santos una bienaventuranza anticipada. Ellos presienten ya, en medio de sus padecimientos, las delicias del paraíso. «Llave del cielo», llama San Crisóstomo á la cruz de Cristo. Y San Cipriano exclamaba: «¿Qué es todo esto, todo cuanto hay que padecer, para los siervos de Dios á quienes el paraíso está convidando con sus goces eternos?» «Una sola gota de la consolación divina», dice el autor del Tratado de la Tribulación, «tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar océano de aficciones, como vemos en los santos mártires. Y por esto dice el Apóstol que se gloriaba en sus tribulaciones². ¡Oh! ¡cuántas consolaciones suele Dios conceder á los que sufren por su amor! Las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala, vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.» Así es como la tribulación nos perfecciona, según estas palabras del Apóstol: «La tribulación obra en nosotros paciencia, la paciencia, probación, la probación, esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido comunicado.»³

¹ *Imit.* l. 2, c. 12.² 2 *Cor.* 12, 9.³ *Rom.* 5, 5.

II. Aquí tenéis, hermanos míos, cómo las tribulaciones bien llevadas nos hacen felices aun en esta vida, cumpliéndose la promesa de Jesucristo: «Bienaventurados los que lloran»¹, porque ellos serán consolados, no sólo en la patria, sino aun en el destierro, donde Dios tiene para los suyos tesoros de felicidad que el mundo no conoce. ¡Dichoso quien sabe merecerlos!

TERCERA CONFERENCIA.

Causas y remedios de la tribulación.

Si erit malum in civitate, quod Dominus non fuerit.

Amos 3, 6.

I. Por muy excelente que sea la tribulación sobrellevada con espíritu cristiano, y por muchas y grandes que sean las ventajas que, como hemos visto, nos proporciona, no sólo haciéndonos adquirir tesoros de merecimientos para la vida futura, sino también concurriendo á nuestra felicidad en la vida presente, no por eso, hermanos carísimos en nuestro Señor Jesucristo, se nos veda por ningún mandamiento el procurar alivio y remedio en nuestras tribulaciones, ni menos el acudir á Dios en demanda de socorro y ayuda para salir airosos de ellas. El Profeta clamaba en mil ocasiones: *Deus, in adiutorium meum intende: Domine, ad adiuvandam me festina* — «¡Oh Dios! atiende á mi favor; ¡oh Señor! date prisa á venir en mi ayuda.»² Y tenía por regla de conducta clamar al Señor cuando se veía atribulado, seguro de ser escuchado favorablemente³. Para librarnos, pues, de las tribulaciones, ó siquiera atenuar sus rigores y acortar su duración, ó, cuando nada de esto sea posible, adquirir fortaleza y bríos para

¹ *Matth.* 5, 5.² *Ps.* 69, 2.³ *Ibid.* 119, 1.

resistir á su ímpetu y soportar sus golpes con resignación y constancia, importa sobre manera, hermanos míos, averiguar sus causas y estudiar al mismo tiempo sus remedios, ya que nuestra misma naturaleza de seres racionales nos inclina á buscar siempre las razones inmediatas y aun las supremas de las cosas.

2. Por lo que dejamos expuesto al tratar del misterio ó secreto de la tribulación, se comprende que las causas próximas de donde ésta procede son las mismas criaturas ó causas segundas, ya animadas ya inanimadas, las cuales con el ejercicio de su propia y natural actividad unas veces nos deleitan y fomentan nuestros deseos, otras nos afligen y contrarían gravemente. El hombre, agente libre, figura en primer término entre las causas, con frecuencia culpables, de los males que padecemos. ¿Qué digo? Cada uno de nosotros suele ser verdugo de sí mismo, y causa de no pequeña parte de las que le amargan la vida. Ya decía el santo Job: *Factus sum mihi metipsi gravis*—«Me he hecho pesado para mí mismo.»¹ Y el Profeta: «Mis iniquidades, á manera de enorme carga, gravitaron sobre mí.»² Y el Eclesiástico dice que «el corazón malo será agobiado de dolores»³. Á pesar de ser así verdad, como quiera que Dios es la causa primera y principal de todos cuantos efectos se producen por medio de las criaturas, hasta Dios debemos elevarnos si queremos descubrir la causa primaria de las tribulaciones. «¿Por ventura hay algún mal en la ciudad», decía Amós, «que el Señor no lo haya hecho?»⁴ «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios», afirma el Sabio⁵. Sin embargo, como Dios no puede ser autor ni causa del pecado, y muchos de los males que pesan sobre nosotros son efectos de nuestros mismos desórdenes, ya directa, ya indirectamente,

¹ Job 7, 20.² Ps. 37, 5.³ Eccli. 3, 29.⁴ Am. 3, 6.⁵ Eccli. 11, 14.

debemos concluir que son dos las causas de la tribulación, Dios y el hombre pecador. Dios, del mal de pena, el pecador, del mal de culpa; y dos también los remedios principales, la oración, para alcanzar de Dios los bienes, la penitencia, para extirpar el pecado y aplacar la divina justicia. He aquí la materia de esta conferencia.

I.

3. Que Dios sea la causa primera y principalísima de todas nuestras tribulaciones, dícelo á cada página el Libro de los libros, la sagrada Escritura. Es, pues, una verdad incontestable. Veamos algunos de los pasajes que lo confirman. Si Abrahán fué atribulado con la orden que recibió de sacrificar á su amado hijo y por su propia mano descargar el golpe fatal y tender el cuerpo sobre la pira del sacrificio; si vióse torturado tan cruelmente su corazón de padre, y tuvo que reprimir los sollozos que brotaban de su pecho para no ver llorar al inocente Isaac: ¿quién fué sino Dios el que le sujetó á tan dura prueba? *Tentavit Deus Abraham*¹. Y á Job, el varón atribulado por antonomasia, ¿no fué Dios quién, por medio de Satanás, lo despojó de sus bienes y lo redujo al estado de extrema miseria y abatimiento en que se vió? Dios dijo al demonio: «En tus manos está cuanto posee, en tus manos está él mismo, sólo te prohibo que atentes á su vida.»² ¿Habría podido Satanás hacer mal alguno al varón santo, si Dios no lo permitiera? Luego el Señor fué también el autor y causa primera de las tribulaciones de Job. Bien lo reconoció él mismo atribuyendo á Dios igualmente los males y los bienes³. Y finalmente, para no multiplicar los ejemplos, el gran Tobías cantando las grandezas del Altísimo, después de las vicisitudes de su admirable vida, decía: «Tú, Señor, azotas y salvas, llevas al hombre hasta

¹ Gen. 22, 1.² Job 1, 12.³ Ibid. 2, 60.

el abismo y de allí le vuelves, y no hay quien escape de tu mano. . . . El Señor nos ha castigado por nuestras iniquidades, y Él nos salvará por su misericordia.»¹ El mismo Dios, hablando por su profeta Jeremías, decía al pueblo de Israel: «En vano he descargado el golpe sobre vuestros hijos»², y por Oseas les amenazaba también con cercarles de espinas su camino³. Él mismo dice que cerrará el cielo para que no caiga la lluvia, y mandará á la langosta que devore la tierra, y enviará la peste á su pueblo⁴. Y á Salomón, acabado el templo, le dijo que «si seguía las pisadas de David, su padre, y guardaba todos sus mandamientos, pondría los ojos sobre él y establecería y perpetuaría en él y en sus sucesores el reino, y si no, que los destruiría y asolaría, y los haría fábula y risa del mundo.»⁵ Y así en otros lugares de las divinas Letras se ve claro que Dios es el autor de los males con que aflige á los hombres.

4. Esta misma verdad persuádela fácilmente la razón natural. ¿Quién no comprende que Dios, así como es Creador y causa primera de todos los seres, así también debe serlo de toda la virtud y actividad de estos mismos que por esto se llaman causas *segundas*, ó sea, causas que obran bajo la suprema acción de Dios, *causa de todas las causas*, y, por consiguiente, causa superior de todos los efectos que producen los agentes naturales, sean ó no dotados de razón? ¿Quién no sabe que Dios, no sólo conserva las criaturas en el ser que les dió en la creación, para que no se tornen á la nada, sino que tiene que concurrir con ellas para que hagan sus actos y produzcan los efectos que tienen virtud de producir? Y de tal manera han menester las causas secundarias del concurso y asistencia actual de Dios, que sin ella nada podrían hacer, ni el hombre podría

¹ Tob. 13, 2. 5.

² Jer. 2, 30.

³ Os. 11, 6.

⁴ 2 Paral. 7, 13.

⁵ 3 Reg. 9, 7.

dar un paso, ni el ojo ver, ni el entendimiento discurrir, ni la voluntad querer. Obra, pues, Dios, como causa principal en todas las operaciones de las criaturas, y éstas no pueden considerarse sino como instrumentos, necesarios ó libres, de la suprema actividad divina. «Dios es», dice el apóstol San Pablo, *qui operatur omnia in omnibus* — «el que lo hace todo en todos.»¹ De tal suerte están las causas segundas ordenadas y trabadas entre sí, y tal proporción y subordinación tienen con la primera causa, que ninguna de ellas puede moverse para nada, ni obrar sino en virtud de la primera, la cual mueve á las demás y les da eficacia para obrar, y obra en ellas y con ellas, con tan maravillosa eficacia y perfección que todos los efectos de las segundas causas son más propios de la primera que no suyos². Síguese, pues, que Dios es la causa primera y principal de todas nuestras tribulaciones, aunque éstas nos vengan de la acción natural de las criaturas. Dios se sirve de todas ellas, aun de las más viles y despreciables, cuando le place, para castigarnos ó probarnos. ¿Qué digo? de los mismos pecados y malicia de los hombres suele Dios servirse para ejercitar la paciencia de los justos, como advierte San Agustín sin que por eso pueda atribuirse á Dios nada de la maldad de los pecadores. Dios, como infinitamente santo, y la santidad misma, reprueba y aborrece la maldad, permite, sin embargo, los pecados de los hombres, respetando el libre albedrío de que los ha dotado, y del que ellos abusan, y válese de ellos como de azotes para castigar ó probar á otros hombres. Por lo demás, Dios no permitiría males en el mundo, dice San Agustín, si no fuese para sacar de ellos otros bienes mayores que los mismos males que permite³. ¿Qué consuelo mayor puede haber en las tribulaciones, que saber que nos vienen de la mano de

¹ I Cor. 12, 6.

² Rivadeneyra, Trat. de la Trib. c. 3.

³ Enchir. c. 2.

Dios? ¿Qué desgracia puede haber, dice un orador sagrado, que no deba ser aceptada de buen grado viniendo de tal mano?¹ Ea, hermanos carísimos, cuando sintáis el golpe de la tribulación, alzad los ojos al cielo y mirad quién os hiere. ¿No es Dios? *Dominus est*, decía Job². Tranquilizaos, pues, que de tal mano, si bien lo advertís, cualquier mal es favor. Pena es, dice San Agustín, pero es gracia al mismo tiempo³.

5. Ya que hemos visto cuál es la causa primera de todas las tribulaciones, tratemos de averiguar su remedio. Y ¿cuál puede ser más eficaz que acudir á Dios con la oración para que deje de afligirnos si le place y nos conviene? Ciertos estamos de que no nos atribula sino por nuestro bien, y en primer lugar, para atraernos á sí, cuando la prosperidad de la tierra nos tenía alejados de su lado. *Dabo timorem meum in corde eorum*, dice Dios por Jeremías, *ut non recedant a me* — «Infundiré en su corazón mi temor para que no se aparten de mí.»⁴ Luego quiere que acudamos á Él acosados por el temor de perecer, víctimas de su justicia; quiere que, como los apóstoles, cuando vieron encrespase las olas del mar y la barquilla á punto de zozobrar, clamemos á Él diciéndole: *Domine, salva nos, perimus* — «Sálvanos, Señor, que perecemos.»⁵ Nada más explícitamente declarado por Dios mismo que la necesidad de orar en la tribulación. «Clamará á mí», dice por David, «y yo lo escucharé: con él estoy en la tribulación, yo lo libraré y lo glorificaré.»⁶ Y á Salomón le aseguraba que si el pueblo arrepentido de sus culpas, le rogase é implorase su bondad, le oiría desde el cielo, le perdonaría sus pecados y sanaría sus plagas⁷. Por eso el Profeta oraba incesantemente en medio de sus tribulaciones: «Mira, Señor, que soy

¹ Segneri, Serm.² Iob 3, 6.³ In Ps. 118.⁴ Ier. 23, 4.⁵ Matth. 8, 25.⁶ Ps. 90, 15.⁷ 2 Paral. 7, 14.

atribulado, óyeme sin tardar.»¹ Y por eso mismo el pueblo cristiano clama siempre á Dios en sus aflicciones y calamidades, sea cualquiera el origen inmediato de donde procedan, y Dios, como salvó á los apóstoles, salva siempre á su pueblo escogido, á su Iglesia, imperando á los vientos y al embravecido mar². Sólo el impío ó el extraviado filósofo desdeña la oración, teniéndola por inútil, ó bien considerándola indigna de la majestad inmutable de un Dios que, ó no se cuida del gobierno del mundo, ó lo gobierna con leyes inflexibles³. Nada más absurdo que tales doctrinas de la moderna filosofía deísta ó fatalista. La oración no se opone á la inmutabilidad de los decretos divinos, ni hace caer á Dios en las variaciones del tiempo. Para explicar la eficacia real y positiva de la oración no es preciso suponer que Dios cambie sus disposiciones; basta tener en cuenta la causalidad moral de aquélla, ó sea, su influjo en determinados efectos, previsto por Dios desde la eternidad al escoger libremente el actual orden de cosas que llamamos la naturaleza. Las leyes que Dios ha dado á los agentes físicos no sufren derogación ni suspensión alguna por efecto de la oración, aunque nada tendría de absurdo ni imposible que el soberano Legislador las suspendiese en sus efectos, alterando así, si convenía á su gloria, el orden natural, como sucede en el milagro propiamente dicho. Pero en el curso regular de las cosas, la oración puede y suele ser escuchada sin que sucedan milagros, porque para librarnos de la tribulación ó concedernos cualquiera otra gracia que le pedimos, basta la acción ordinaria de su providencia. Los milagros no pueden pedirse sin especial inspiración divina, so pena de incurrir en el pecado que se llama tentación de Dios. Que Dios gobierna el mundo es una verdad, no sólo de fe sino de simple buen sentido. Ahora bien, el hombre con su libre

¹ Ps. 68, 18.² Matth. 8, 26.³ Julio Simón.

actividad puede dirigir en determinado sentido la acción de los agentes naturales é impedir sus operaciones cuando así conviene á sus intereses, y ¿no podría todo esto y mucho más la soberana voluntad del Criador?

6. No dudemos, pues, hermanos carísimos, acudir á la oración, como al grande y acaso único remedio en nuestras tribulaciones. El piadoso rey Josafat no hallaba otro cuando decía dirigiéndose al Señor: «No sabiendo qué hacernos, no nos queda otro recurso que levantar los ojos hacia ti.»¹ Es cierto que el efecto de la oración depende siempre de la libre voluntad de Dios que, según sus altísimos consejos, la acepta ó no, á lo menos en el sentido en que la dirigimos. Mas por otra parte ¿no nos ha prometido Dios formalmente concedernos lo que le pidiéremos en nombre de Jesucristo?² ¿No nos ha dicho para animarnos á pedir: «Pedid y recibiréis, tocad y se os aliviará ó abrirá»³? Queda, pues, siempre á salvo la bondad divina. ¿Es acaso menos benigno y misericordioso el Señor cuando no accede á nuestros ruegos, dejando á la tribulación que nos aflija? No por cierto. «Conviene», dice San Alfonso de Ligorio, «fijar los ojos en Dios y no apartarlos de Él y seguir suplicándole hasta que tenga compasión de nosotros. . . . Cuando las gracias que deseamos obtener son espirituales y pueden contribuir al bien de nuestras almas, debemos estar seguros de que Dios nos oirá siempre que le supliquemos con tesón y no perdamos la confianza.» Y San Bernardo, citado por el mismo Santo, dice que cuando pedimos á Dios gracias temporales, ó nos dará lo que pedimos ú otra cosa mejor: *Aut dabit quod petimus, aut utilius*⁴. ¿Qué dudamos, pues? ¿por qué vacilamos en acudir al Padre de las misericordias? ¿por qué no damos voces como Ezequías en su lecho de muerte, diciendo: *Domine, vim patior, responde*

¹ 2 Paral. 20, 12.² Jo. 16, 23.³ Matth. 7, 7.⁴ Apud Ligorio, op. cit.

pro me—«Señor, vuelve por mí, que padezco violencia.»¹ ¿No recordáis cómo escuchó el Señor la plegaria de este rey, cuando con lágrimas le suplicaba que alargase los días de su vida? Y dijo Dios al profeta Isaías: «Ve y di á Ezequías: He oído tu oración y he visto tus lágrimas, he aquí que yo te daré quince años más de vida.»² ¿Quién no se animará á pedir viendo tanta largueza de Dios en conceder? Por lo demás, hermanos carísimos, es preciso tener en cuenta una importante verdad, es preciso reconocer que debe subordinarse el orden temporal al orden espiritual y eterno. Las tribulaciones de la vida presente permitidas por Dios, son acontecimientos ordenados á la salvación del hombre, según se infiere de la idea de la Providencia. Quien quiere el fin debe querer también los medios conducentes á él: quien quiere la salud eterna, debe abrazar las tribulaciones siempre que éstas sean camino de adquirirla, según los planes inescrutables de Dios sobre cada uno de los hombres. El mismo Dios nos enseña por boca del Apóstol que á quien ama le castiga, y azota al que recibe por hijo³. Á la oración humilde y confiada debe pues ir unida la conformidad.

Pasemos á investigar la causa inmediata de la tribulación.

II.

7. Si el hombre hubiese permanecido en el estado de la inocencia original, el mal físico y sensible no habría afligido á la pobre humanidad, no por natural condición del cuerpo humano, sino por generosa y gratuita dispensación del Criador. Porque habiendo hecho Dios, también gratuitamente, inmortal al hombre primitivo, mediante el fruto del árbol de la vida, habríale hecho por natural consecuencia, impasible, inaccesible al dolor, precursor de la muerte. Pero ¡ay! sobrevino el desorden, el pecado de

¹ Is. 38, 14.² Ibid. 38, 5.³ Hebr. 12, 6.